

# la columna DE RAMON DIAZ

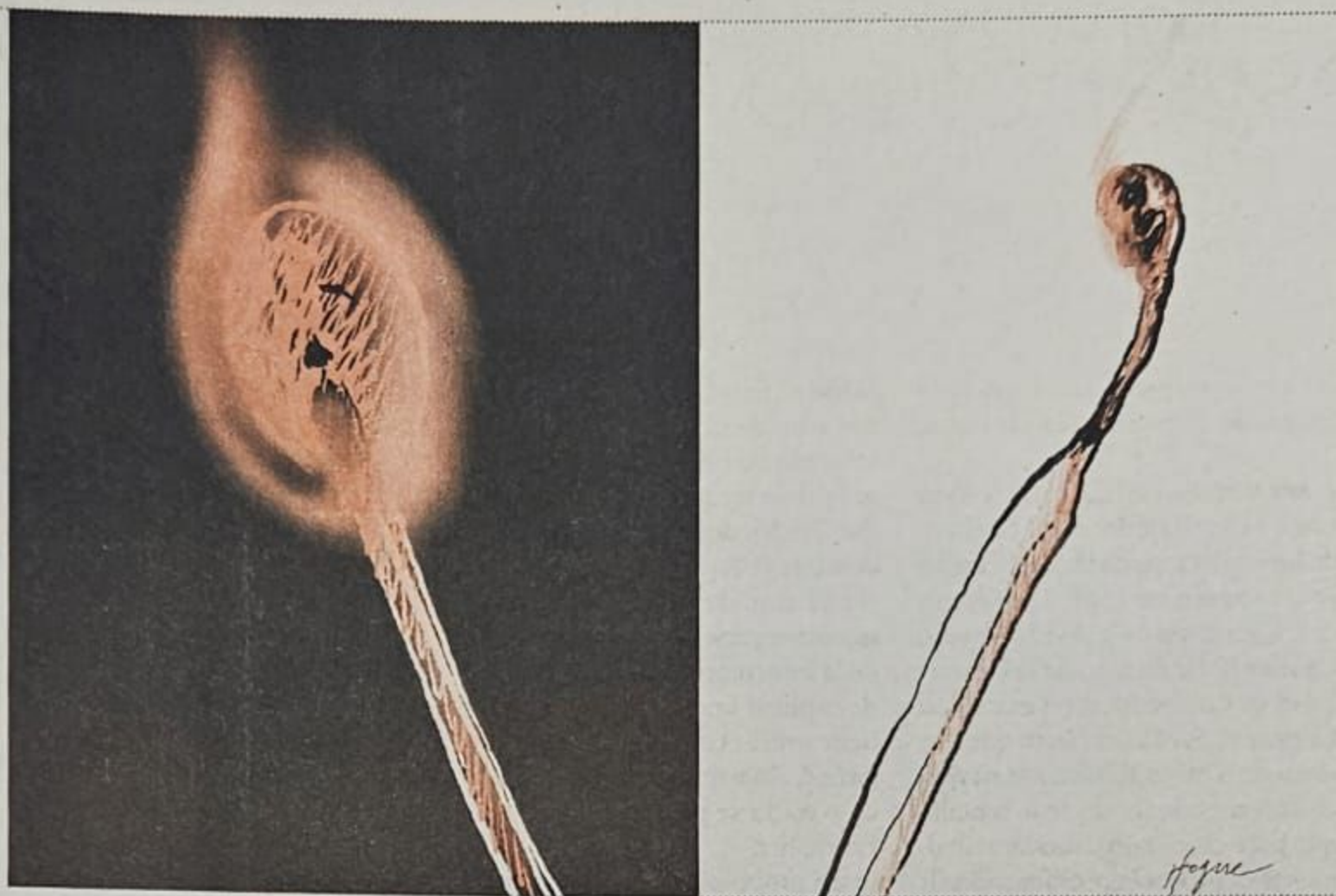
SOBRE ESTO Y AQUELLO

Se halla relativamente difundida la idea de que la disponibilidad de los terroristas musulmanes a inmolarsse explica por la promesa del paraíso hecha en el Corán a quienes mueran combatiendo por Alá. En la tapa de *El Observador* del 9 del corriente se reproducen algunos versículos de la sura 47 de dicho libro sagrado, que vienen muy a propósito de ese tema.

Pienso que puede haber allí un factor de cierta influencia, pero que en modo alguno puede aportar explicación suficiente del fenómeno. Y ello por varias razones. Entre otras, porque, como es natural, el participar en la guerra santa no es el único camino de salvación en el Islam, y menos el de perecer deliberadamente en ella. En la misma sura el Profeta proclama la salvación asequible a través de la fe y del obrar recto (ver.2), como asimismo se reitera una y otra vez en el sagrado texto, lo que no puede extrañar en una religión de raíces judeo-cristianas. Ni que hablar, la promesa del Corán es para quienes caen en la jihad, no expresamente para quienes deliberadamente buscan la propia muerte en ella, hipótesis que la Biblia musulmana nunca tuvo en cuenta.

Por otra parte, en las diversas religiones, la esperanza más firme de ganar el cielo no provoca por lo general en los fieles desapego a la vida, otro don del Creador, quien no por nada nos ha dotado del instinto de conservación. El hecho del martirio revela la convicción de quienes por él han optado de que la vida no es el valor último, antes que indiferencia frente a la muerte. El "muero porque no muero" de Santa Teresa es sólo una imagen para verter poéticamente su anhelo por la plenitud de la visión divina. Y, sobre todo, los cristianos tenemos presente que el mismo Jesús, desde el misterio de su humanidad, pide al Padre que, de ser posible, le exima de la Pasión que se avecina.

Conuerdo, pues, con Stephen Schwarz, periodista inglés que, en el *Spectator* del 22 de setiembre, advierte que "...el ansia del paraíso no es una guía segura hacia lo que motivó los siniestros atentados de Nueva York y Washington...". Al mismo tiempo, no creo que su reflexión registrada a continuación ilustre adecuadamente su pensamiento. "A través de la Historia", escribe segui-



El odio es un sentimiento mucho más fácil de potenciar que el amor

## El terrible poder del odio

damente, "los extremistas políticos de todos los credos han entregado voluntariamente sus vidas simplemente por la creencia en que al hacerlo ... cambiarían el curso de la historia." Es un enfoque, me temo, demasiado intelectual. No pueden ser la razón y el intelecto los que conduzcan a la autodestrucción ni al asesinato de miles de inocentes. El agente motor seguramente hay que buscarlo entre las pasiones humanas.

El propio Schwarz nos devuelve a la pista cierta cuando, tras consultar a buen número de musulmanes cultos y moderados, asegura que la abundancia relativa del terrorismo suicida entre los de su fe no se basa en las peculiaridades de la prédica de Mahoma, ni del resentimiento suscitado por las Cruzadas, ni nada parejamente antiguo, sino que posee un origen mucho más reciente, que no va más allá de las postrimerías del siglo XVIII, y se resume en una palabra: "wahabismo". Ibn Abdul Wahabi, cuya existencia abarca cabalmente aquella centuria, fundó una secta que se destaca con perfiles marcados contra el panorama general del Islam: estrictez puritana en los mandatos éticos de

la fe, horror a las imágenes, oraciones breves y sencillas, condena de la ostentación en la espiritualidad, mezquitas severamente exentas de ornamentos. Es la secta de la casa real saudita, del Talibán, y —por supuesto— de Osama bin Laden, además de incontables jóvenes en vastas áreas materialmente estancadas del mundo islámico, con magras perspectivas de prosperar, y cuyas vidas, según alguien ha dicho, no tienen más sentido que el que puedan brindarles los sueños, la violencia y la religión. Encima de lo cual opera el factor demográfico: el crecimiento en esta dirección de los pueblos islámicos supera ampliamente el del resto —los estadígrafos prevén que la fe islámica desplazará al cristianismo como la religión más numerosa hacia el 2020— lo cual al mismo tiempo implica una altísima proporción de jóvenes susceptibles al adoctrinamiento wahabi.

La observancia estricta de los preceptos morales y las mortificaciones invariablemente generan gran energía espiritual, pero —por sí solas— no necesariamente dan buen fruto. Hace ya mucho tiempo que Aldous Huxley escribía: "La diferencia entre el estoico

mortificado pero todavía soberbio y egocéntrico, y el hedonista auto-complaciente, consiste en esto: el segundo, blando y en el fondo hartado avergonzado de sí mismo, carece de energía y motivaciones para hacer mucho daño, excepto a su propio cuerpo, mente y espíritu; el primero, poseedor de todas las virtudes secundarias y despectivo frente todos los que difieren de él, está equipado para desear y poder hacer daño en la mayor escala y con la conciencia perfectamente tranquila."

Se comprende que el liderazgo wahabi tenga, en su acervo de jóvenes devotos, una cantera inagotable para reclutar terroristas. Todo lo que precisa es dirigir hacia el odio toda su insatisfacción y fuerza espiritual. No se trata de un expediente original entre quienes trabajan por la revolución, de una clase u otra. Poco antes de morir, en lo que vino a resultar su testamento ideológico, el Che Guevara exhortaba: "Por sobre todo, debemos mantener vivo nuestro odio y respirarlo hasta el punto del paroxismo." E insistía en usar el odio "como un arma de guerra, un odio intransigente con el enemigo, un odio que proyecte al ser

humano más allá de sus limitaciones y lo convierta en una máquina fría y selectiva de matar." Aun de matar a costo de la propia vida, cabría acotar a la luz de la experiencia reciente.

En la medida que hacemos depender menos la fuerza del terrorismo wahabi de la religión específicamente islámica, se nos facilita imaginar la unificación de los distintos terrorismos que manchan la faz de la tierra, a través de una comunión en el odio. Nótese que al marxismo-leninismo le queda poco más que esa pasión como sustento. Sus pronósticos socioeconómicos han quedado terminantemente desmentido por los hechos; sus propuestas de planificación central han brillado por su ineficiencia. Les queda su aversión radical a la clase explotadora, en buena medida identificada con el país donde el sistema económico de mercados ha tenido máximo éxito. Mientras tanto, el odio wahabi se enfoca en la misma dirección, contra el país que, como símbolo de la sujeción del Islam a imperialismos varios, así como fuente de depravación que en él perciben, identifican con el reino de Satanás. Las bases de una alianza, que no sabemos hasta qué punto pueda haber tenido ya principio de concreción, ciertamente no faltan.

El odio es un sentimiento mucho más fácil de potenciar que el amor. Éste, cuando —como ocurre en el cristianismo— debe extenderse a los adversarios, obliga a contemplarlos —pese a las diferencias que con ellos hubiere—, ecuanimemente. Por tanto, a asumir la propia parte de la culpa en el conflicto que enfrenta a unos y otros. El odio, por contraste, estimula entre los que se vuelven sus esclavos a amontonar las culpas sobre el enemigo. Quienes se sienten así libres de pecado no pueden sino ser propensos a asumir el papel de ángeles vengadores. A partir de esa premisa, luce ilusoria toda expectativa de una liquidación a breve plazo del enfrentamiento de la civilización con la barbarie, gracias a la potencia tecnológica de Occidente. O de hacer depender su fin de la captura o aniquilamiento de Osama bin Laden. Parece más sensato prepararse a una prolongada lucha, reminiscente de la que nos deparó la guerra fría. Y a una ulterior división de gran parte de la humanidad, semejante a la que generó aquella, el aspecto ideológico incluido.